

MI HISTORIA

Bianny Mueller

EXPERTA EN
RIQUEZA INTERIOR

Entrenadora mental
para la transformación
del ser

EXPERIENCIA
TRANSFORMACIÓN
PROPÓSITO
COMUNIDAD

*Toda
transformación
requiere de*

PRÁCTICA Y
ENTRENAMIENTO.

Hola! Soy Bianny

Experta en riqueza interior· Entrenadora mental para la transformación del ser Experta en Mindfulness, Psicología Positiva y Gestión Emocional. Creadora de inmersiones guiadas de entrenamiento mental

Durante años de formación, experiencia personal y acompañamiento a mujeres comprendí algo que transformó también mi manera de enseñar:

“Toda transformación requiere de práctica y entrenamiento.”

Una de las enseñanzas que recibí de mi mentor John McGregor, experto en riqueza y asesor financiero personal de Robert Kiyosaki, marcó profundamente mi visión: si no encontramos tiempo para trabajar en nuestra propia transformación, corremos el riesgo de continuar viviendo una vida que no deseamos. Por eso decidí crear una manera diferente de acompañar.

La transformación también se entrena.

Con el tiempo he comprendido que acompañar la transformación de otra persona requiere mucho más que conocimientos, títulos o herramientas. Tuve que atravesar mis propias experiencias, enfrentar mis patrones, reconocer mis heridas, cuestionar muchas de mis creencias, aprender a gestionar mis emociones y reconstruirme más de una vez.

Sé lo que significa sentir que has perdido el rumbo. Sé lo que es buscar respuestas afuera, acumular conocimientos y aun así descubrir que existe algo dentro de ti que necesita ser atendido. Y sé también lo que comienza a ocurrir cuando decides mirar hacia dentro y participar conscientemente en tu propia transformación. De ser una buscadora intelectual a una encontradora de resultados.

“De ser una buscadora intelectual a una encontradora de resultados.”

Aquello que siempre estuvo allí

Desde muy joven había algo que podía hacer durante horas sin sentir el peso del tiempo: escuchar, motivar, orientar y ayudar a otras personas a mirar su vida desde una perspectiva diferente. Si hoy tuviera que explicar qué significa para mí el propósito de vida, diría que muchas veces podemos reconocerlo precisamente en aquello que hacemos con una facilidad tan natural, con una capacidad tan nuestra y con un disfrute tan profundo, que podemos permanecer horas haciéndolo y sentir que el tiempo desaparece. Eso me ocurría cuando acompañaba a otras personas, cuando solo era una adolescente.

Me gustaba motivar, me gustaba guiar, me gustaba ayudar a las personas a dirigir su mirada hacia aquello que expande la vida en lugar de contraerla. Entonces no sabía que aquello podía tener alguna relación con mi propósito. Simplemente era algo que nacía de mí. Con los años, sin embargo, esa parte fue quedando oculta, como tantas mujeres, repetí patrones que ni siquiera sabía que estaba repitiendo, cometí errores, atravesé experiencias difíciles y tomé decisiones desde heridas que todavía no sabía reconocer.

Mi propósito no había desaparecido, había quedado cubierto por todo aquello que todavía necesitaba vivir, comprender y transformar. Ya en mi vida adulta, después de un divorcio, con cuatro hijos y atravesando un matrimonio disfuncional, los años y las experiencias fueron sepultando bajo escombros emocionales aquel propósito que alguna vez había surgido en mí con tanta naturalidad.

Aquella adolescente que siempre encontraba una palabra, una orientación o una posible salida para los demás seguía allí, pero había entrado en una especie de letargo emocional durante más de veinte años. Cuando Dios, el Universo, la energía —como cada quien elija llamarlo— ha sembrado semillas de grandeza dentro de ti, el tiempo no determina si llegarás tarde a tu propósito.

A veces creemos que hemos perdido años, cuando quizá estábamos atravesando justamente las experiencias que necesitábamos vivir, comprender y transformar. Porque para el propósito, el tiempo no es lo importante, lo importante es el proceso que nos prepara para sostenerlo y eso fue justamente uno de los aprendizajes que me dejó toda esa experiencia.

2004

CUANDO MI VOZ VOLVIÓ A APARECER

Una voz que volvió a encontrar espacio.

Fue alrededor de mis 30 años cuando mi propósito volvió a manifestarse. En 2004 comencé a trabajar en un hospital que acababa de abrir sus puertas en mi ciudad. Mi situación familiar y matrimonial era difícil y las circunstancias me impulsaron a aceptar aquel empleo. Me asignaron un puesto en recepción y atención al público.

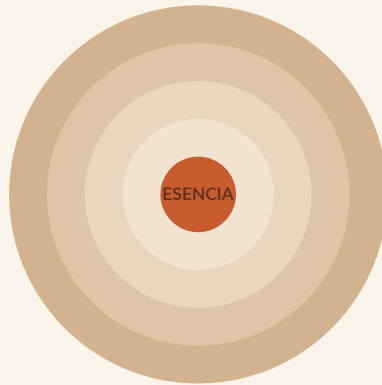
Trabajaba en el área de información y desde allí encontré nuevamente una manera espontánea de hacer aquello que siempre me había gustado. A través del sistema de sonido interno del hospital colocaba música de fondo y transmitía mensajes para crear conciencia sobre el cuidado de las instalaciones, pero también aprovechaba aquel espacio para motivar al personal y a quienes se encontraban allí.

No tenía formación en crecimiento personal. Simplemente estaba haciendo, sin saberlo, algo que formaba parte de mí, y que generaba un aporte valioso en la vida incluso de los trabajadores, al menos así me lo hicieron saber. Tiempo después me ofrecieron asumir una responsabilidad administrativa mayor. Mientras me preparaba para ese nuevo cargo, observé situaciones que chocaban profundamente con mis valores y principios. Evidentemente, yo no iba a ser la persona que se requería para determinadas cosas. Mis valores y principios, en todas las etapas de mi vida, jamás han sido negociables.

Fui acusada injustamente de algo que no había hecho, la intención era despedirme, pero en la iniciativa de llevar esto más lejos para que se aclarara contribuyo a que era mejor calmarme y enviarme a otro lugar dentro del hospital, donde no tenía contacto con nadie más que con el personal de allí. Experiencia que hoy sigo agradeciendo porque fueron personas extraordinarias que formaron parte de una nueva experiencia que resurgiría para mí. Donde mi propósito quedo oculto una vez más .

La metáfora de la cebolla

¿Conoces la metáfora de la cebolla? En la transformación personal se dice que necesitamos ir quitando, capa por capa, todo aquello que hemos acumulado hasta acercarnos nuevamente a nuestra esencia. Pues yo hacía exactamente lo contrario: no pelaba la cebolla, le agregaba cada vez una capa más.



Asumí el rol de dirigente sindical, respetada por muchos y temida por algunos. Aquel liderazgo era innato y mis principios permanecían intactos; sin embargo, todavía estaba impulsado por cargas emocionales y por una profunda necesidad de justicia. Defendí derechos, acompañé trabajadores y aprendí a levantar mi voz frente a aquello que consideraba injusto, aquella experiencia fue necesaria, porque despertó mi fuerza, despertó mi capacidad para liderar. Mi liderazgo era parte de mi camino, pero no era todavía la expresión completa de mi propósito.

La fuerza también formaba parte del camino

Aquello duro por 11 años, pero el sistema era más poderoso que mis buenas intenciones, retirarme no fue una decisión, fue una imposición. Pero no todo lo que vemos como negativo y malo, lo es! Ese espacio y vacío se llenó de otro camino. Me formé como abogada y continué profundizando en aquello que parecía acompañarme desde siempre: la dignidad humana. Me especialicé en Derecho Internacional de los Derechos Humanos y continué mi formación con estudios internacionales en cultura de paz, procesos migratorios, interculturalidad e integración y estudios diplomáticos. Llegué incluso a desarrollar la propuesta de un proyecto humanitario para Suramérica.

Estudiaba incansablemente. Soy profundamente curiosa y siempre he disfrutado aprender. Pero también había crecido con una idea muy propia de nuestra generación: estudia, prepárate, acumula títulos y allí encontrarás el éxito.

El conocimiento me dio herramientas extraordinarias y continúa siendo una parte esencial de quien soy. Pero ningún título conseguía responder completamente a aquello que ocurría dentro de mí. Podía estudiar la dignidad humana. Podía defender derechos. Podía aprender sobre paz. Podía intentar transformar estructuras. Y aun así continuar repitiendo patrones en mi propia vida.

Hasta que comprendí que también tenía que habitarme.

“Hasta que comprendí: Había dedicado muchos años a comprender y defender al ser humano desde afuera, pero no a mí, así que el siguiente paso en mi proceso era habitarme.”

En 2015 inicié conscientemente un camino de crecimiento y transformación personal que continúa hasta hoy. No desperté una mañana convertida en otra mujer. Tuve que observarme, cuestionarme, reconocer patrones, gestionar emociones, soltar, volver a caer, levantarme, estudiar, practicar y entrenarme.

2015

TRANSFORMACIÓN PERSONAL

No fue un despertar instantáneo.

En 2015 inicié conscientemente un camino de crecimiento y transformación personal que continúa hasta hoy. No desperté una mañana convertida en otra mujer. Tuve que observarme, cuestionarme, reconocer patrones, gestionar emociones, soltar, volver a caer, levantarme, estudiar, practicar y entrenarme.

OBSERVAR • CUESTIONAR • RECONOCER • GESTIONAR • SOLTAR • PRACTICAR • ENTRENAR

2020

EMPEZAR DE NUEVO

Otro país. Otro continente. Otra forma de sostenerme.

No fue hasta 2020 cuando mi propósito regresó para quedarse, pero esta vez desde una madurez emocional que me permitiría aprender a sostener con mayor ligereza los desafíos de la vida. Un nuevo país, un nuevo continente, un proceso migratorio realmente desafiante, una cultura diferente, otro idioma. Migrar no es fácil. Y yo no llegué con una maleta vacía emocionalmente.

Llegué cargando conmigo una historia que todavía tenía mucho por sanar y liberar. Había pasado gran parte de mi vida resolviendo, luchando, sosteniendo, avanzando deprisa y empujando cuando algo no se movía como yo esperaba. Había comenzado mi transformación, sí, pero todavía quedaban muchas capas de aquella cebolla por retirar.

La migración me quitó muchas de las estructuras conocidas y me colocó frente a mí misma de una manera diferente. Hubo momentos en los que me derribó, momentos en los que quise detenerme y otros en los que tuve que reconstruirme prácticamente desde cero.

Aprender a vivir con mayor ligereza

Pero esta vez algo era diferente: yo también era diferente. Ya no era solamente aquella mujer resiliente que sabía levantarse y continuar. Poco a poco estaba aprendiendo a observarme, a escucharme, a liberar cargas emocionales y a comprender que no todo en la vida tenía que conseguirse empujando con fuerza.

Durante muchos años había aprendido a sobrevivir luchando. Ahora comenzaba a aprender a vivir con mayor ligereza. Y en medio de aquella reconstrucción también tuve la oportunidad de experimentar algo que había elegido conscientemente para mi vida: construir el amor y la familia desde otros principios, desde la reciprocidad, el respeto, la conciencia y el deseo de sumar en lugar de restar.

“Durante muchos años había aprendido a sobrevivir luchando. Ahora comenzaba a aprender a vivir con mayor ligereza.”

No era un propósito nuevo

Fue también en ese nuevo escenario donde comenzaron a encontrarse muchas piezas que durante años habían parecido separadas: mi historia, mi formación, los libros, los mentores, el crecimiento personal, mi espiritualidad, mi capacidad de comunicar, mi deseo de servir y aquella adolescente que siempre encontraba una palabra para orientar a otros.

No estaba descubriendo un propósito nuevo, estaba regresando al que siempre había estado allí; solo que esta vez regresaba a él con algo que antes no tenía: la experiencia de haber recorrido mi propio camino y sobre todo, de haber aprendido a entrar en la profundidad de mi propio ser.

“No estaba descubriendo un propósito nuevo, estaba regresando al que siempre había estado allí...”

Allí descubrí algo que no había encontrado por estar buscando afuera: paz, silencio y espacio interior, un vacío que no significa ausencia, sino espacio disponible para que algo nuevo pueda llegar. Donde el amor es la máxima autoridad, que la gratitud es la llave que abre puertas, visibles e invisibles, posee un poder extraordinario para transformar nuestra manera de mirar y experimentar la vida.

Del conocimiento a la práctica

Y fue desde allí donde comenzó a tomar forma mi comunidad de mujeres. Desde hace varios años tengo el privilegio de compartir este camino con mujeres extraordinarias que han confiado en mí y, al mismo tiempo, me han permitido confirmar una de las mayores comprensiones de mi propia historia: el conocimiento, por sí solo, no produce transformación.

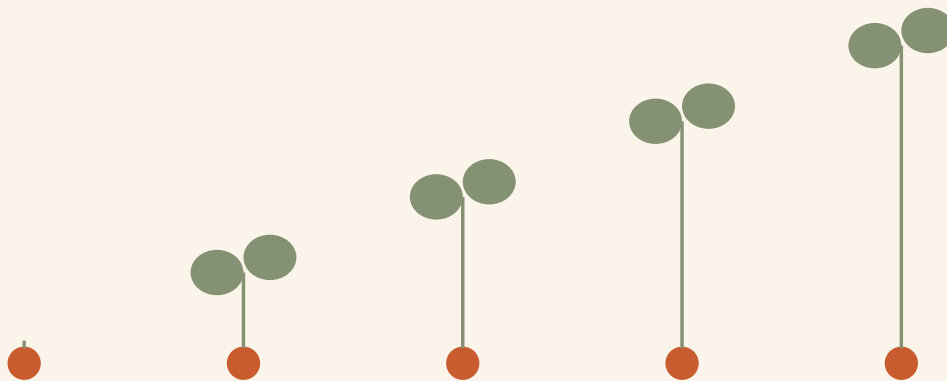
Podemos leer libros, asistir a cursos, escuchar grandes enseñanzas y comprender intelectualmente muchas cosas. Pero la transformación comienza cuando aquello que aprendemos lo llevamos a la práctica, lo experimentamos, lo entrenamos y lo convertimos en una nueva manera de vivir.

“El conocimiento, por sí solo, no produce transformación.”

De allí nació también mi manera de acompañar: crear espacios de desconexión del ruido exterior, pero profundamente conectados con la acción interior. Espacios para detenernos, observarnos, liberar, agradecer, entrenar nuestra mente y, sobre todo, practicar.

Cada práctica consciente es una semilla

Porque cada práctica consciente es como sembrar una semilla. Una semilla de paz, de amor, de gratitud, de abundancia, de grandeza, de una nueva manera de relacionarnos con nosotras mismas y con la vida. Algunas germinan rápidamente. Otras necesitan tiempo, raíces, constancia y entrenamiento. Pero cada vez que una mujer regresa a trabajar consigo misma, vuelve a regar aquello que desea ver crecer en su vida.



Eso es lo que hoy quiero seguir construyendo: un espacio al que las mujeres puedan regresar una y otra vez para sembrar, practicar, liberar y entrenarse conscientemente en la mujer que están eligiendo ser.

Un espacio al que regresar.

“Porque después de recorrer mi propio camino comprendí algo que hoy sostiene todo mi trabajo: la transformación no ocurre solamente porque sepamos más, la transformación se practica, se entrena, se cultiva.”

BIANNY MUELLER

Experta en riqueza interior · Entrenadora mental para la transformación del ser